

La poesía en el sur y la luna como norte

Jordi Jové

La poesía debate de manera incuestionable la vida: *una vida que no puede ofrecer más espectáculo*. La letra describe esos instantes en ciudades abiertas para muchos, quietas y peculiares, casi inexistentes a las cinco de la tarde. Ciudades del Sur, como Granada; poesía del Sur, rubio como el oro; pueblos de patios y terrazas, posibles, siempre al Sur. Y existe un lugar contrario, porque también hay que mirar hacia un término contrario, que es el norte de la luna, causa de dos modos: la nocturnidad y la modernidad. El primero es la salvación o la defensa del reino de la noche, un reino selecto a la vez que ramplón. El segundo supone el homenaje a la tradición moderna de la voz lírica; un homenaje real, efectivo, que va sirviéndose así de Edgar Allan Poe, de Charles Baudelaire, de Antonio Machado, de Luis Cernuda o de Jaime Gil de Biedma,... Junto a otras muchas figuras calculables de esa tradición. Porque la luna del Sur no soporta sólo orientalismo: es la luna soñadora y visionaria tal vez, pero también la que devuelve positiva razón poética a esa mirada afecta de lo universal y nada desafecta por el cielo de París, Berlín o Roma, que se reaviva así entre otros posibles.

La poesía, según recuentos esquemáticos del decir de estos nuevos poetas, no es algo indefinible, sino algo preciso y concreto que puede detallarse en usos y costumbres. En el sentido apuntado de renovación poética en las palabras de Machado: "Lo que pone el alma, si es que algo pone, o lo que dice, si es que algo dice, con voz propia, en respuesta animada al contacto del mundo"¹. En lo fundamental, el poema no tiene una finalidad estética, sino ética, y eso subraya, en apariencia contradictoria, la preocupación por los problemas de estilo. De ahí la

¹Manuel y Antonio Machado, *Obras completas*, Editorial Plenitud, Madrid, 1962, p. 649.

utilización de la rima consonante y de las palabras de la calle, del lenguaje vulnerable de todos: dos características que, entre otras muchas (como el propósito de *contar* emociones y hechos), alcanzan a ser un intento poemático por abarcar la totalidad de los acontecimientos, una serie total de sucesos, o lo acontecido como imagen de lo absoluto y su persecución, exactamente igual a como dicen que ocurre en la novela moderna. Las figuras de la historia civil del poeta quedan así plasmadas en poemas.

Otros factores progresan en esta nueva arte poética: la brevedad concisa y la presencia redundante de un interlocutor. Ambos sostienen un cuerpo en equilibrio necesario que la eximen de la repetición y también de *hablar con nadie*, pues, en ningún momento, se confunde la poesía con el aislamiento ni con el curso mismo del relato. La poesía es un suceso de verdad, que ocurre en este mundo y en esa ciudad y en aquel personaje. Estas son vías directas hacia el significado y un modo de autoconsciencia. El resultado toma forma en dos aspectos: la firmeza de los nombres (de influencia italiana, francesa o indígena) y el largo juego entre el mundo general y la experiencia particular. En palabras de Luis García Montero: "las dos cabezas de un mismo dragón: la intimidad y la experiencia, la estilización de la vida o la cotidianización de la poesía"².

Es un arte que incorpora y se recrea con los repliegues de la materia tradicional³ y popular de la poesía; pliegues cuya tónica es la de la cita u homenaje a los autores leídos en el curso del tiempo: un ingreso moral a la *usura* de las lecturas, realizado afilada y ligeramente a la vez. En este sentido, este nuevo arte no dibuja otra cosa que un círculo del cual se extrae la independencia de la forma: un exterior lleno de interiores que no quieren estar distorsionados por las fugas de sentido, y con el convencimiento de que la poesía es útil, generosa, común y diferente. Contra el sinsentido y la sinrazón imperantes, la razón poética. Así que *corazón*, *esperanza*, *cuerpo*, son palabras desprendidas de este árbol poético, una lógica de procedencia, donde sin pérdida tienen también curso favorable: *aparcamiento*, *ascensores*, *hamburgueserías*, *kilómetros*; palabras legales especialmente aptas para reflejar lo cotidiano, aunque *cisne*, *héroe*, y *sable* o *anfiteatro* encuentren a gusto, a su vez, reducto hospitalario dentro de los poemas *australes*. Porque, como escribe el poeta, "los libros son tristes y conozco ya todos los besos"⁴.

²Luis García Montero, "La otra sentimentalidad", *El País* (enero de 1983), p. 7.

³Visto así, de nuevo, en la vanguardia. Según señala Luis García Montero: "...la propia lógica de la vanguardia lleva... a respetar la tradición. ¿Por qué? Porque la lógica de la tradición, la ideología tradicional, había estado en la base de las vanguardias", "La tradición y la vanguardia", AA. VV., *Mis tradiciones (Poéticas y poetas andaluces)*, Ayuntamiento de Córdoba, Córdoba, 1988, p. 100.

⁴Luis García Montero, "Mirar un beso", *Luna del Sur*, Renacimiento, Sevilla, 1992, p. 39.

Sobre este andamiaje, los poetas andaluces⁵ crean personajes literarios, y su figura de poetas, llenos de verdad y mentira, como todo en la vida, que diría la canción, encuentra, con pasión y en soledad, solos a otros muchos: “qué pocos somos y qué encogidos vamos”, según el verso apócrifo de Carlos Barral. Esta sinceridad por supuesto les evita la polifagia del ser obscuro, del ser incomprendido y doliente, que desaparece de escena en favor de la agudeza y el donaire. Encontramos al artista, nada estólido, lanzado en pos de un punto de armonía o equilibrio que es el que necesita para su personaje y que busca encontrarlo como *poeta en sociedad*, o aun *poeta en su ciudad*, lo que en gran parte, definitivamente, consigue. Por otro lado, la ruptura con la poesía *novísima* anterior (¿existió alguna vez si duda cabe?) se manifiesta en la refactura de los textos literarios, adecuados con claridad a un nuevo estilo romántico, y en la no descripción de objetos y lugares exóticos, que ya no interesan para el culto ni siquiera de una vida bohemia.

Los poetas del sur, sumidos en la conciencia fatal de decir como hechas ya las cosas se internan en la creencia poética⁶ de la mala poesía y en la constatación de los malos poemas, que recusan resueltos a desterrar de su obra. La obra será *versos*, es decir, aquellos que nacen de un esquema y que se ajustan a metro, y dentro de ellos tienen cabida las decisiones y los *actos sin prudencia*, como tenaz sembrado de esa región oscura, incalculable, que no deja de ser nunca la poesía.

El universo que refleja esta nueva lírica, especialmente despreocupada de piruetas expresivas y novedades genotextuales, es el de la vida circundante: una tarde de verano, unas violetas, las calles, los horarios, las barriadas, los bares, los jardines, el mar, la tristeza, el tiempo que pasa, el amor y la muerte *des-figuradamente*... En la **Poética** de Javier Egea encontramos las claves de ese lugar que habitan: “le ceñían las sílabas, los ritmos, las caderas” // “de luz y libertad: esa tierna venganza/ de llevarla por calles y lunas prisioneras”⁷. Entre algunas otras especies que se podrían citar, este es el universo, *conforme y según*, que han que-

⁵Álvaro Salvador, Javier Salvago, Javier Egea, Luis García Montero, Antonio Jiménez Millán, Benjamín Prado, Justo Navarro, Felipe Benítez Reyes, Álvaro García, Francisco Fortuny, José Antonio Mesa Toré, Juan Manuel Villalba, Abelardo Linares, José Carlos Rosales... Y otros que continúan “esa poética de la lucidez”, según la denomina L. García Montero, en **Poetas del sur**, ed. de José Espada Sánchez, Espasa-Calpe, Selecciones Austral, Madrid, 1989, p. 493.

⁶Vid. el trabajo de Luis García Montero, **Poesía, cuartel de invierno**, Hiperión, Madrid, 1988 (2ª ed.), donde se propone trazar “los límites del territorio ideológico diseñado por la conciencia poética” (p. 61).

⁷Javier Egea, “Poética”, **1917 versos**, Ediciones Vanguardia Obrera, S.A., Madrid, 1987, p. 15. Intervienen también en este volumen: L. García Montero, A. Jiménez Millán, B. Prado, A. Salvador y J. Salvago.

ruido vivir y al que responden no o sí. Es la idea de una vida ofreciendo su espectáculo, en sesión continua, y ante la cual nadie está libre de sustraer su acento, o trampear los tramos que quedan por confirmar la libertad. Es el universo, entre claveles y espadas, poblado de una larga amistad con el hombre, como escritor; una larga relación que puede consistir, por este orden, en desnudar el alma más que en vestirla.

En cuanto al público, saben que es necesario. Así lo ha expresado el poeta: “por mucho amor que guarde, una carta boca abajo en la mesa será siempre un cadáver”⁸. No se trata de la búsqueda dramática del triunfo en lo social y lo económico, sino de algo más sencillo y de distinta naturaleza. La idea es que un nombre, ese alguien que dé razón a la escritura, para cada uno y en especial es preciso. Que opine y aparezca y se repita, bien o mal, el acordarse de él, hasta el final deliberadamente una vez o muchas. Dedicada al lector, no hay argumentos en ella para tocar levemente las virtudes y consideraciones dirigidas al oyente que con frecuencia aparecen: es preciso que ese discurso de Dioscuros dé él mismo el tono propio y extraño que permita acercarse al lector en forma directa y definida. Con la misma sinceridad y sentimiento que exponemos en la vida diaria, aunque no sea evidente que todos los arriesguen. Por eso la función del público se considera necesaria en esta nueva poesía, más porque el oyente no tenga que perderse, y más porque la razón que asiste al autor retire obstáculos, y porque la atención que se presta a las cosas de este mundo quede subrayada como el hecho de verdad importante, digno de oírse contar. Así que, en consecuencia, tampoco hay malos asuntos ni palabra que no pueda ser incorporada en la horizontal poética, tumbada para ser esclarecida, y que el hombre, extraño peregrino, pueda buscar, realzar, alcanzar, los sentimientos que ellos y ellas encierran y que, por naturaleza, les corresponden. Amistad, amor, solidaridad,...

Los nuevos poetas no huyen de las imágenes tradicionales, aunque inventen otras. Si la virtud de los vanguardistas estribaba en inventar imágenes que no podían ser fácilmente reproducibles por la plástica, las de esta nueva poesía pueden ser pintadas, es decir, son claramente escenificables, se representan en la imaginación del lector con la misma definición y exactitud de la poesía romántica, por ejemplo. Ya no se sitúan en primer plano, como en la vanguardia, con la necesidad de ser tapadas y de darles publicidad, su primer rango, sino que en el fondo y en la superficie hay una pintura para las cosas poetizadas, y una poesía para esta pintura. Este relieve de lo pictórico obedece a las reconstrucciones de un mundo natural, con la naturalidad de lo existente⁹, y que al leerlo conver-

⁸Luis García Montero, *Diario cómplice*, Hiperión, Madrid, 1987, p. 56. Pertenece a “Fragmentos recogidos en un epistolario”, y literalmente dice: “Por mucho amor que guarde./ una carta encontrada boca abajo en la mesa/ será siempre un cadáver”.

⁹Véase las reflexiones de Luis García Montero en torno a la pintura como tema en la poesía de

tido en escritura salta a nuestros ojos con la misma imaginación sentimental con que miramos un paisaje (aunque nos resulte indiferente), un rostro o una calle, sin los símbolos herméticos ni los misterios inconmensurables (incluso cuando importan). Imaginamos cómo pueden ser pintados, con facilidad, los encuentros y desencuentros que estos poetas nos narran a través de sus versos. Porque en ellos hay personajes que se entretienen en hablar de sus novias o de sus lecturas, acerca de ellos mismos o del mundo. Porque en ellos hay poesía que pretende crear realidades sensibles, y que no descansa nunca en la ilusoria realidad ni en la fantasía, únicamente, sino en una realidad ilusionada que ha sido antes hondamente percibida. En ningún momento, parecen estos poetas sentirse esclavos de sus sensaciones, que prefieren contar con el tono con que las cantan la canción, el bolero o el tango. O en expresión equivalente en la creación del sur, digeridas normalmente.

Crean los poetas andaluces que vuelan libremente, y lo hacen: porque se saben atados a la tierra, y esa firme atadura hace posible su viaje poético por los territorios de la descripción, la parodia y la ironía. Son la cometa en el cielo, manejada desde la arena de la playa o el suelo del jardín, bajo control, de modo que la poesía roza la razón y presiente el intelecto. El sueño, los mundos imaginarios y sus dependencias quedan continuamente interrumpidos por detalles externos que provienen de experiencias inmediatas de esta vida que soportamos y a la cual pertenecen.

Los románticos, enemigos del sol, hicieron gran consumo de la luna, un testigo obligado de sus relaciones amorosas. También aquí la luna es una presencia que hipnotiza, pero lo hace en la piel del charquito, como para el sapo o la rana que dan sentido a su labia en forma de luna. Con lo cual las lunas elusivas, misteriosas desconocidas, han desaparecido. Ya no son las de René Magritte, acentuadamente serenas, sino las del hombre natural: el astro que alumbraba cuando está de noche sobre el horizonte. Y pueden tener incluso un valor en dólares.

Los líricos y las líricas de esta nueva corriente no entran en el juego por jugar y realizar así cabriolas en el aire de la expresión, sino que intentan realizar un comentario asequible de dimensión ética, con la misma intención que pueda tener como objeto una canción popular. Lejos del mito y los juegos artificiales que desde siempre acompañan a la canción y a la poesía. No hay duda de que el conocimiento es el límite más alto a que el hombre puede llegar; y el conocimiento, como los cuatro elementos, es necesario para la vida del cuerpo. De ellos se compone esta poesía y de él se nutre. Porque la máxima estoica del “vivir conforme a razón” toma el significado de vivir conforme al amor y sus enseñanzas,

Rafael Alberti, en el capítulo IX (“Los paraísos artificiales. Las arboledas perdidas”), en el “Prólogo” a la **Obra completa. Poesía 1920-1938**, de Rafael Alberti, Aguilar, Madrid, 1988, tomo I; concretamente las pp. 104-112 (CIV-CXII).

que es como afirmar que la felicidad consiste en el placer, y así explícitamente lo dice Benjamín Prado en su "Poética": "Pero basta, amor mío. Vamos a casa, vente/ esta noche. Y no hablemos de pintores cubistas./ Quítate la camisa. Bajo esta luna llena/ estaremos amándonos hasta que venga el día,/ hasta que venga el día"¹⁰.

¹⁰Benjamín Prado, "Poética", 1917 versos, *op. cit.*, p. 77.